

♦ JUAN ANTONIO MASOLIVER RÓDENAS: *Memorias y palabras. Cartas a Pere Gimferrer 1966-1997*, de Octavio Paz

♦ ADOLFO CASTAÑÓN: *Errata*, de Steiner ♦ LUIS GARCÍA JAMBRINA: *En busca de Klingsor*, de Jorge Volpi

LIBROS

EMILIO ZEBADÚA

Per fortuna o per virtù

Jorge G. Castañeda, *La berencia*, Alfaguara, México, 1999.

La sucesión presidencial es posiblemente el acto político realizado en privado que mayores consecuencias públicas trae en México. Extraerlo del ámbito personal y reservado de la decisión del presidente y darle una difusión más amplia es la intención de *La berencia*.

¿Qué mejor manera de descubrir las razones y los modos bajo los cuales se ha elegido cada seis años al candidato oficial —y hasta hace poco seguro presidente— que con el acceso a la conciencia de los protagonistas? Castañeda disfruta este privilegio con los ex presidentes Luis Echeverría (1970-76), José López Portillo (76-82), Miguel de la Madrid (82-88) y Carlos Salinas de Gortari (88-94), que conocieron las dos caras del proceso decisorio. Al actual presidente, Ernesto Zedillo, el autor confiesa no haber intentado entrevistarlo. Luis Donaldo Colosio había fallecido antes de que el proyecto del libro cobrara forma.

Castañeda se reunió en varias sesiones con cada uno de los cuatro ex presidentes; después les envió la grabación original, la transcripción literal y la versión editada de las entrevistas para que ellos pudieran “agregar, suprimir o modificar lo que les pareciera pertinente, con la

súplica de que me devolvieran un texto definitivo aprobado por ellos”. Así corregidas, las entrevistas forman la parte central de *La berencia* (sólo Echeverría se negó a la generosa propuesta editorial, y la versión del autor no fue revisada antes de su publicación). A diferencia de lo que piensa Castañeda, los ex presidentes no corrieron de este modo riesgo alguno. Qué mejor ellos para “en esta coyuntura” y con “este autor” gozar de la oportunidad de dar sus propias versiones de la sucesión.

Jorge Castañeda no tiene la ambición de entender a sus entrevistados; el resultado de sus entrevistas es, por lo tanto, producto de lo que los ex presidentes quisieron decirle y no de lo que él hubiera querido que le contaran. En consecuencia, hay una pérdida neta para el lector, pues ni entrevistado ni entrevistador se obligan a desplegar toda su capacidad intelectual en los encuentros que sostienen.

De este modo a Luis Echeverría se le permite, por ejemplo, que describa en forma por demás dudosa la manera en que se convirtió en el candidato del PRI:

JGC: ¿Cómo le comunica a usted su decisión?

LEA: Con toda sencillez, al terminar un acuerdo en Los Pinos, un día en la tarde, después de unas cosas no muy importantes.

JGC: ¿Cuándo?

LEA: [...] Él me dijo: “Usted va a ser el candidato del PRI a la Presidencia, ¿está listo?” “Estoy listo”. “Hasta luego”. “Hasta luego”.

En *La berencia*, la entrevista a Luis Echeverría es la que menos información proporciona, la que poco o nada sustancial ofrece. Es prueba de la maestría política del entrevistado; en todo momento posee el control del diálogo. El capítulo de López Portillo no carece de información, pero aun así resulta el menos interesante. No rehúye ningún tema, pero no aborda ninguno con profundidad. La conversación con De la Madrid es la mejor de todas, pues, sin contestar con todo detalle, el ex presidente en ocasiones aporta datos y comentarios frescos y novedosos. La entrevista con Carlos Salinas es prácticamente unilateral, sin mucha oportunidad para el entrevistador de participar, mucho menos de cuestionar la veracidad o exactitud de lo dicho por Salinas.

En contraste con el mito legendario del “dedazo”, y el secreto y las especulaciones que desde la Revolución Mexicana han acompañado a la designación del sucesor presidencial, las revelaciones de los ex presidentes resultan decepcionantes. En los extremos se colocan las entrevistas a Echeverría y Salinas: uno le da la vuelta a Castañeda, el otro le entrega una

versión prefabricada. Pero todas ellas, sin excepción, carecen del drama y la pasión que caracterizan la lucha por el poder —por *todo* el poder—. Ninguna de ellas se compara con la intensidad de la versión literaria de *La sombra del caudillo* de Martín Luis Guzmán.

Desde la fundación del régimen de la Revolución y, en forma cíclica, cada seis años, la política mexicana gira en torno a la aspiración de unos cuantos por convertirse en el candidato oficial con la anuencia del presidente en turno. La obra clásica en esta materia sigue siendo *La sucesión presidencial* de Daniel Cosío Villegas, quien supo mantener una distancia del poder sin perder el acceso a la política.¹

En vísperas de una de las sucesiones presidenciales, si no más complejas, al menos más *abiertas* en tiempos recientes, resulta especialmente atractivo conocer las opiniones, sinceras o no, de cuatro ex presidentes que vivieron, en dos momentos distintos, el éxtasis de ser partícipes del legado más ansiado en la política nacional. Se trata, finalmente, de una rara oportunidad para adentrarse en una de las decisiones más íntimas del hombre que, durante un sexenio, es el más poderoso en el país. La posibilidad de leer sobre un tema tan misterioso desató una enorme curiosidad inmediata al salir el libro, y la perspectiva de ser guiado en esa lectura por uno de los analistas mejor informados, más agudos y mejor relacionados en el mundo de la política ha convertido a *La berencia* en un suceso en sí mismo. Poco importa a este interés excesivo que varias de las explicaciones resulten inverosímiles o incluso que sea patente que los ex presidentes pueden llegar a mentir. Pero Castañeda no parece reparar en esto. La validez de las fuentes no es puesta en duda, siempre y cuando las divulgaciones contribuyan a enriquecer el anecdótico de la política palaciega.

La historia de la supuesta manipulación de las cifras a espaldas de López Portillo a fines de su sexenio por integrantes de su gabinete económico es un buen ejemplo de la frágil información a la que

recurre, en ocasiones, Castañeda. La fuente original y principal es una tesis de doctorado de José Ramón López Portillo, que es, de menos, una parte interesada por partida doble en la interpretación de la crisis económica de 1982 y el juicio histórico sobre la gestión de su padre, toda vez que durante su gobierno fue subsecretario en la Secretaría de Programación y Presupuesto (SPP). En su tesis doctoral, citada por Castañeda, José Ramón López Portillo concluye que:

Es evidente que de haber tenido conciencia López Portillo desde julio a agosto del 81 de que la crisis económica en curso era de una magnitud mucho mayor de la que él sabía, hubiera tomado medidas de otro tipo.

Lo dicho por el hijo del ex presidente le basta a Castañeda para hacer suya la conclusión de que “de todo ello se deriva la eventualidad creíble de una manipulación de las cifras por la SPP, posiblemente de origen político-sucesorio”. El papel del propio José Ramón en la política económica es ignorado por Castañeda —a pesar de que analistas independientes en esos años asignaban la responsabilidad por el deterioro de la situación económica a varios funcionarios, incluyendo al propio José Ramón López Portillo.²

Castañeda no se detiene a considerar como poco probable la supuesta credulidad del presidente López Portillo, un hombre todopoderoso en su tiempo, asesorado por un abanico de expertos en finanzas públicas, él mismo ex secretario de Hacienda y titular de un gobierno bajo la vigilancia constante del Fondo Monetario Internacional y las demás dependencias financieras internacionales. En *La berencia* se pretende hacer pasar a López Portillo como una víctima ingenua del maquillaje de la información y el ocultamiento de datos por parte de funcionarios “maliciosos”.

Jorge Castañeda sabe que en la sucesión presidencial: “está en juego tanto poder que por ese poder los hombres son

capaces de muchas cosas”.

Como en las entrevistas a Echeverría, López Portillo, De la Madrid y Salinas ni esperaba ni obtuvo ninguna confesión en este sentido, Castañeda añade una segunda parte al libro: una serie de ensayos sobre las coyunturas de la sucesión en 1970, 76, 82, 88 y 94, cuando Salinas eligió a Colosio y, después, a Zedillo. Con base en los testimonios de amigos y conocidos, políticos del primer círculo en los distintos gobiernos del último cuarto de siglo, Jorge G. Castañeda hace lo que mejor sabe hacer: despliega una narración, entrelazando el análisis político con las anécdotas y hechos donde participa la élite, para dar su versión sobre la sucesión presidencial. Ya antes, en *Sorpresas de la vida* (Aguilar, 1994), Castañeda realizó con éxito un esfuerzo similar.

La berencia no es, pues, un libro de entrevistas ni una historia periodística. Es, en las palabras del autor, un “modelo para armar”: una serie de versiones parciales, subjetivas, que dependen de los recuerdos y los intereses de *vencedores* y *vencidos*. Las entrevistas son lo más atractivo del libro, pero los ensayos son la mejor parte. De hecho, el análisis coyuntural sobre cada una de las elecciones presidenciales no depende de lo dicho por los protagonistas. Por eso, la descripción de la selección de Colosio y, después, de Zedillo como el candidato oficial en 1994 no desmerece en nada en relación con las anteriores historias, a pesar de que ninguno de los dos beneficiarios de la voluntad de Carlos Salinas fue entrevistado por Castañeda. La narración e interpretación de Castañeda es tan creíble y tan probable (o no) como cuando tuvo acceso a información más “dura”; en particular, las entrevistas a los ex presidentes.

Ninguna de las dos partes del libro pierde por el método específico empleado, pero el libro en su conjunto es inferior a las partes que lo integran, pues no expresa una versión definitiva y concluyente sobre las sucesiones presidenciales que el autor/entrevistador estudia.

Pero si no es la versión final de la sucesión presidencial en *plural*, sí resulta ser un estudio de la sucesión presi-

1 Véase en este sentido su *El estilo personal de gobernar*, Joaquín Mortiz, México, 1974.

2 Véase los informes mensuales del “Reporte económico sobre México por Dr. Redvers Opie” durante 1981 y 82.

dencial en *singular*: del acto político de seleccionar al heredero del poder en México. Es un estudio “teórico” sobre el poder presidencial y su ejercicio; teórico en el sentido maquiavélico: el uso discrecional de los hechos históricos para detectar patrones del quehacer político y proponer lecciones y formas de comportamiento en la política. Algo que es posible hacer a pesar de que la política depende de los acontecimientos. En *La berencia* se puede encontrar la misma fórmula pedagógica de mostrar “cosas nuevas”, presentando en otra luz hechos del pasado. Por ello no importa conocer a los personajes en cuestión, su biografía o su futuro político.

Lo que ayuda a entender la política de la sucesión presidencial es el rol particular que los políticos juegan en un momento específico: cómo actúan, qué piensan (o dicen pensar), cómo se relacionan entre sí y frente a las circunstancias cambiantes. Esto no significa, en palabras de Castañeda, “ausencia de datos, hipótesis y elementos narrativos”; pero éstos sirven más bien para tratar de desenmarañar patrones, tendencias o generalizaciones aplicables a la dinámica compleja y oscura de la búsqueda del poder. Este método permite diversas interpretaciones (incluyendo la del propio Castañeda) sobre las mismas versiones de los actores y testigos: pero los detalles son secundarios respecto al tejido narrativo completo. El diablo *no* está en los detalles.

Por eso no corresponde del todo a *La berencia* la intención de Castañeda de reducir la sucesión presidencial a un simple esquema dual: por “elección” y por “descarte”. Con ello corre el riesgo del politólogo, al que aludió Cosío Villegas, que

No logra descubrir los hechos que determinan la sucesión presidencial [pero] lejos de renunciar a explicarla racionalmente, se lanza a la suposición y aun a la fantasía. Acude, digamos, a pintar las características que debe tener un aspirante a la nominación del PRI, y acaba por presentarlas con tanta seguridad que parece haberlas hallado como si estuvieran escritas en

un código público o que alguien le ha revelado el secreto.³

Con la decisión de Carlos Salinas a favor de Luis Donaldo Colosio se quiere ilustrar en *La berencia* el primero de los tipos de sucesión que propone Castañeda:

Tal vez Salinas haya exagerado al confesar —supuestamente— cómo resolvió encaminar a Luis Donaldo a sucederle desde el instante en que lo nombró coordinador de su campaña en 1987, pero sólo en cuestión de grado y meses: la antelación salinista tiene como único parangón en esta saga la resolución echeverrista a favor de López Portillo, y ni siquiera. Salinas se cuida todavía en sus alocuciones públicas; al hablar sobre la designación de Colosio, en una entrevista al *Reforma* a finales de 1996, aseveró: “En ese sentido —y sólo en ese sentido— puede decirse que su candidatura haya estado cuidadosamente construida por varios años”.

El segundo tipo de sucesión lo ilustra Castañeda con el caso de la candidatura de Miguel de la Madrid (1982):

López Portillo repite hasta la saciedad que, al final, permanecieron en la contienda dos aspirantes: Miguel de la Madrid, si el problema era económico, [Javier] García Paniagua, si era político... En realidad, en una clásica sucesión por descarte, López Portillo careció por completo de opciones al precipitarse los acontecimientos [...] García Paniagua nunca fue un candidato viable: lo inventó López Portillo, por las razones ya expuestas y para que sus adversarios no descabezaran al único candidato sobreviviente, Miguel de la Madrid Hurtado, pero ya echada a andar la ficción, ésta cobró vida propia y hubo que actuar en consecuencia.

Quizás el método con que está armada *La berencia* dejó inconforme al propio autor que, para compensar la estructura inco-

³ *El sistema político mexicano*, Cuadernos de Joaquín Mortiz, p. 18

nexa del libro en su conjunto, introduce artificialmente el modelo dual de selección del candidato. De este modo, pretende meter dentro de un “patrón” decisiones tomadas en circunstancias muy diversas. Frente a la complejidad de las razones y los motivos que tuvo cada uno de los presidentes al decidirse por un candidato de su preferencia, Castañeda prefiere —en vez de agotar el análisis y llegar a una explicación histórica definitiva— proponer una fórmula simple y simplista: o fue por descarte o por elección.

Como las obras de Maquiavelo, *El Príncipe* o *Los discursos sobre los primeros diez libros de Tito Livio*, *La berencia* no está dirigida al público en general, sino a quienes —por formar parte de la clase política— pueden encontrar en las “lecciones del pasado” recomendaciones para el futuro. No es casual, por ello, la mención a Maquiavelo en el prólogo de Castañeda, si bien la referencia al filósofo florentino ocurre, innecesariamente, a través de Althusser. El libro de Castañeda puede verse como una especie de manual, no para la “adquisición y la conservación del Estado”, sino para transitar ileso por los vericuetos de la sucesión presidencial.

¿Qué nos muestra *La berencia* de la sucesión presidencial que antes no conocíamos? El cúmulo de anécdotas, testimonios y confesiones viene, en primer lugar, a descartar cualquier duda que pudiera persistir sobre la existencia del “dedazo” —como acción definitoria de la candidatura en el partido oficial. No importa que Carlos Salinas, tratándose de la selección de Luis Donaldo Colosio como su sucesor, subraye en repetidas ocasiones la voluntad del partido como si se tratara de una fuerza independiente —“lo que siempre he enfatizado es que dentro del PRI la corriente a favor de Luis Donaldo Colosio era muy fuerte”; o bien: “le dije a Luis Donaldo que el partido se estaba inclinando decididamente por él”.

En las sucesiones presidenciales descritas en *La berencia* no se conoce a los personajes —caciques corporativos, capitanes de industria, jefes de la Iglesia, embajadores estadounidenses o contratistas del gobierno— que apoyan o se oponen a la

carrera de los aspirantes presidenciales. En la narración aparecen sólo ocasionalmente, y en forma fugaz, algunos de estos personajes (como Fidel Velázquez); pero cuando lo hacen es sólo para confirmar los mitos que subsisten sobre ellos. Castañeda se concentra en los protagonistas del círculo más cercano, como si los precandidatos no tuvieran aliados o rivales. Los capítulos del libro se llenan con historias en solitario y no aparece, como consecuencia, el entramado del sistema político que tan bien conoce el autor.

A pesar de ello, resulta novedoso el recorrido por el que, una y otra vez, Jorge G. Castañeda lleva al lector por los cálcu-

todo, su relación con la persona a la que habrá de favorecer con todo el peso de su autoridad y su poder. Por eso Maquiavelo dedicó la pieza teatral *Mandràgola* a la seducción en la política. Estaba consciente de que el acceso al poder y su conservación requerían eventualmente del arte del engaño y la persuasión. Castañeda intenta introducirnos a este mundo con parsimonia; es necesario, por ello, conocer todo lo que quedó fuera de *La berencia*.

El apéndice sobre el 6 de julio de 1988 no es, propiamente, una “parte accesorio o dependiente” de la obra, pues no tiene el mismo objeto de estudio que el resto del libro. Es apenas un apunte sobre los resultados electorales de ese año, no una adenda sobre la sucesión. Castañeda no considera necesario explicar por qué incluye esta nota sobre un tema propiamente tangencial a la arqueología de la sucesión.

Es posible que lo que le reveló De la Madrid a propósito de la elección de 1988 llevó a Castañeda a querer constatar la magnitud del fraude. En la entrevista le preguntó a De la Madrid si no creía que en estados como Guerrero “¿no enderezaron los números después?” El ex presidente le respondió con naturalidad:

Mire, no tanto que los enderezaron *a posteriori*, sino en el camino, usando los otros elementos tradicionales del PRI de llevar a los votantes, de inflar la votación en casillas sin representación de los otros partidos.

Pero *La berencia* no tenía el propósito de estudiar la elección de 1988 o, de hecho, ninguna de las elecciones del periodo que abarca el libro. En las entrevistas y en los ensayos de cada una de las sucesiones presidenciales que fueron analizadas, el interés de Castañeda está enfocado a la selección del candidato oficial por parte del mandatario saliente, no a su destino en las urnas. ¿Por qué entonces meterse al

Archivo General de la Nación a hurgar en las actas electorales de 1988? Y si decide hacerlo, ¿por qué sólo llevar a cabo una investigación “sumaria y apresurada”?

Quizás porque, como en el resto del libro, Castañeda no se compromete y, en vez de ello, prefiere hablarle tanto a *vencedores* como a *vencidos*. Otra muestra de la manera en que rehúye sus propias conclusiones y le niega la posibilidad a sus fuentes de revelar nada definitivo es el ejercicio que realiza con apenas un centenar de actas (de un total de 55 mil) para sugerir que la magnitud del fraude revirtió el triunfo de Cárdenas. Castañeda detecta la similitud de firmas de los representantes de los partidos de oposición en cuatro actas del 7o. distrito de Guanajuato y en cuatro del primer distrito de Coahuila, con lo que cuestiona la legalidad de los resultados incluso en las casillas donde formalmente hubo representantes de la oposición (esto es, el universo de resultados llamado “limpio”). De una muestra minúscula infiere la posible alteración de las 30 mil actas del universo limpio. Con ello, pretende ir un paso más delante de la “premisa prácticamente consensual a estas alturas” de la existencia de un fraude, no para revertir el triunfo de Cárdenas, sino para abultar el margen de victoria de Salinas.

Curiosamente, no quiere dar por concluido el debate sobre el resultado definitivo del 88, a pesar de que “los nuevos ingredientes” que obtiene en su estancia en el Archivo “tienden a respaldar la tesis del fraude electoral [y] la victoria de Cárdenas”. Prefiere señalar que si alguien —con voluntad y recursos— siguiera *sus* pasos “es perfectamente factible arribar a una conclusión definitiva y fundada de lo que aconteció durante aquel verano añorado y lejano de nuestro descontento”.

Pero aun con voluntad y recursos, la búsqueda de la verdad en el resultado electoral de 1988 dependería de la existencia de los paquetes electorales; más precisamente, de las boletas. Las actas de escrutinio de cómputo no son suficientes porque seguramente fueron alteradas durante o después de la jornada electoral. Sin los paquetes electorales destruidos no



Ilustraciones: LETRAS LIBRES / Cees van der Holst.

los y percepciones que los ex presidentes tienen, al menos en retrospectiva, sobre las ventajas y desventajas de los miembros de su gabinete en el marco de la sucesión. Queda claro que la decisión es *personal*; en dos sentidos: le corresponde al presidente de la República y depende de los atributos que éste les reconoce a los que ambicionan la silla presidencial. La sucesión se resuelve *per fortuna o per virtù*, pero la habilidad y la capacidad del aspirante e, incluso, los propios acontecimientos fortuitos quedan subordinados en última instancia a la voluntad presidencial. Se trata, en el fondo, de una decisión subjetiva en la que, es cierto, el presidente valora las circunstancias políticas y económicas del entorno nacional, el balance de fuerzas dentro y fuera del partido, el trabajo en el gabinete, pero, sobre

se puede llegar a una conclusión definitiva sobre el tamaño del fraude.

Por otra parte, la alteración informática de un número de actas en el plazo de una semana o diez días, como Castañeda describe, es técnicamente posible, de contarse con los recursos humanos y materiales suficientes. Al explorar esta posibilidad —y sugerir que dicho operativo se llevó a cabo— Castañeda siembra una duda muy grave. Pero no la lleva hasta sus últimas consecuencias, habiendo tenido la oportunidad de hacerlo en sus entrevistas con, entre otras personas, José Newman Valenzuela, director del Registro Nacional de Electores, Manuel Bartlett, secretario de Gobernación, o el equipo de campaña de Carlos Salinas.

Lo escrito por Jorge Castañeda sugiere que quien debería estar más interesado en conocer el resultado electoral de 1988 es Cuauhtémoc Cárdenas. Los datos de las casillas que estaban fluyendo a la Secretaría de Gobernación antes de que se suspendiera la difusión de la información lo tenían en ventaja. Miguel de la Madrid reconoce que:

como a las siete de la noche [del 6 de julio] me avisó [Manuel Bartlett, secretario de Gobernación] que el D.F. estaba muy mal, que estaban mal el Estado de México y Michoacán. Entonces fue cuando dijo: “no puedo dar estas cifras porque estarían muy ladeadas, y aunque después sigan las cifras de otros estados donde creo nos vamos a recuperar, si damos desde un principio la tendencia a favor de Cuauhtémoc, después no nos van a creer”.

Pero, significativamente, Cárdenas es uno de los pocos protagonistas de 1988 que no fue entrevistado por Castañeda. Además de las conversaciones con Miguel de la Madrid y Carlos Salinas, Castañeda entrevista a Manuel Bartlett, Camacho Solís, Porfirio Muñoz Ledo y Jorge de la Vega Domínguez. En 1994, Jorge G. Castañeda le hizo a Cuauhtémoc Cárdenas una solicitud, que fue rechazada, para ser su coordinador de campaña. En vísperas del 2000, sólo le escribe una posdata. —

JUAN ANTONIO MASOLIVER RÓDENAS

El privilegio de la amistad

Octavio Paz, *Memorias y palabras. Cartas a Pere Gimferrer 1966-1997*, Seix Barral, Barcelona, 1999.

El 17 de abril de 1966, Octavio Paz contesta a una carta de Pedro Gimferrer acusando recibo de *Arde el mar*. Gimferrer tiene veintiún años y en los círculos literarios españoles se comenta la precocidad de una voz singularmente nueva, con una estética deslumbrante, sólida y madura. El propio Paz exclama, sorprendido en una carta escrita dos años más tarde: “yo no sabía que usted andaba por los 23 años. Cuando lo supe dije: ¡es extraordinario! Y Cortázar agregó: y casi inmoral”. Desde el principio Paz se dirige a Gimferrer con un respeto y una admiración que crecen a medida que avanza el libro y que son, por supuesto, recíprocos. La decisión de no incluir las cartas de Pedro (o Pere, cuando empieza a escribir en catalán) Gimferrer no se siente como una deficiencia o un vacío, puesto que sí escuchamos el eco, las palabras que llegan a Paz y estimulan el diálogo. También somos conscientes de que hay un interlocutor porque el propio Paz se encarga de subrayarlo. Gracias a este solo a dos voces el libro nos ofrece una serie de aspectos centrales. En primer lugar, y como punto de arranque y definidor del tiempo y del clímax “narrativo”, la amistad, y, más que la amistad, el privilegio recíproco de la amistad que le sirve de estímulo a Paz: “tu amistad me anima y me ayuda a vencer mi desgana, abulia e incertidumbre”.

Precisamente porque “no es que la amistad sea un género poético sino que la poesía es una forma de amistad”, hay un fértil intercambio de ideas sobre la poesía, de opiniones sobre la poesía de Gimferrer y de reflexiones sobre la pro-

pia. En la primera carta Octavio Paz ve en *Arde el mar*, del para él desconocido poeta barcelonés, “cierta afinidad en lo que intentamos algunos en América”, “en su libro veo que amanece en España una nueva poesía, más cerca de América y de lo que, para mí, es realmente la poesía moderna”. Esta identificación entre Gimferrer y la modernidad se irá profundizando a lo largo del libro. Los elogios son contundentes y en ningún momento se establece una relación de maestro a discípulo, lo que contribuye a que sus juicios sean posiblemente los más sagaces y expresivos que se han escrito sobre la obra de Gimferrer, y estimulantes para quienes hemos escrito sobre su obra. Juicios severos y perceptivos, como los que dedica a *Tres poemas*, o en los que entran ya impresiones o (pre)juicios más personales, de tipo moral, como los dedicados a la obra más audaz de Gimferrer, *Mascarada*, culminación hasta la fecha del proceso poético que se inició con *Arde el mar* del que escribe: “tú sabes muy bien como yo —y algún día lo sabrá la perezosa crítica hispánica— que con tu libro comenzó de nuevo en España la poesía interrumpida por la guerra civil y el franquismo”.

Este juicio tajante sobre la poesía española se ve ampliamente matizado con elogiosas palabras para Carlos Barral, en especial su primer libro de memorias (“lo mejor que ha aparecido en España durante los últimos años”), Jaime Gil de Biedma (“uno de los pocos escritores que de verdad estimo. El poeta y el prosista”), Gabriel Ferrater (“extraordinario poeta. Cómo me hubiera gustado tratarlo”) y el más joven Andrés Sánchez Robayna, “inteligente y sensible”. Pero sus juicios sobre el conjunto de la poesía moderna son demoledores y pueden resumirse en

su reacción ante la antología de Miguel García Posada *La nueva poesía (1975-1992)*: “¿En eso ha parado la poesía contemporánea española?” La poesía y algunos de sus críticos y antólogos, añado yo.

Si las páginas sobre la poesía de Gimferrer son extraordinarias, no lo son menos sus comentarios sobre la poesía moderna y sus protagonistas. Paz es un crítico riguroso y atento. A su propia sensibilidad añade la capacidad para situar a cada poeta en el contexto de una constelación poética. Juzga desde la óptica de la modernidad pero sin los prejuicios del crítico profesional o del teórico, con la inteligente libertad del ensayista, el rigor del humanista y la intuición disciplinada del poeta. Adivinamos que lo que exige a los demás es reflejo de lo mucho que se exige a sí mismo. Su avidez le mantiene alerta ante todo lo que publican las generaciones más jóvenes en España y en América Latina. Su exigencia le lleva a replantearse algunas de sus opiniones, como le ocurre al releer a Rafael Alberti.

Paz es más vitriólico con sus enemigos que halagador con sus amigos, porque con los amigos la exactitud es el mejor elogio a la amistad. Unas veces, la política, y no sólo la política, le lleva a juicios demoledores que muchos compartimos, como en el caso de Ernesto Cardenal o Mario Benedetti, otros injustos, como en el caso de Luis Cardoza y Aragón. Y sin embargo, sus páginas positivas sobre Pablo Neruda están entre las más hermosas del libro. Igualmente interesantes son sus comentarios sobre poetas que le merecen respeto pero en los que ve graves debilidades, como ocurre con Miguel Hernández, Antonio Machado y, sobre todo, Juan Ramón Jiménez. Así como su reivindicación de Leconte de Lisle o Heredia. Junto a las dedicadas a Neruda, las más poderosas son las dedicadas a sus compañeros norteamericanos de generación, de los que el azar o la necesidad le alejaron, y muy especialmente las cartas centradas en Proust y Eliot.

Paz hace frecuentes referencias a su propia obra, proyecto que a veces ocupa muchos años de su vida. Así, ya en la segunda carta, del 6 de mayo de 1966 men-

ciona *La llama doble*, que no publicará hasta 1993. Los comentarios sobre el siempre interrumpido estudio sobre Sor Juana y que publicará en 1982 se convierten en un tema recurrente y algo parecido ocurre con lo que se convertirá en *Tiempo nublado*, o sobre su poesía completa. Asistimos asimismo a sus titubeos sobre los títulos, hasta que termina por triunfar el más acertado. Hay asimismo reflexiones escasas pero importantes sobre su propia obra.

Especialmente interesante es su actitud personal ante la sociedad que le tocó vivir. A Paz le apasiona y le asusta su siglo. Cree en los cambios políticos y los teme. La suya es esencialmente una visión apocalíptica de la sociedad en la que cabe, sin embargo, a nivel personal, el hedonismo y el éxtasis. Hay sed e impa-



ciencia por conocer el mundo y las distintas culturas o civilizaciones y a sus protagonistas. Sus páginas sobre Delhi y el Taj Mahal, sobre Noruega o las dedicadas a Venecia para iluminar “Máscaras del alba” son espléndidas. Son frecuentes los elogios a España y sobre todo a Cataluña. Paz tuvo siempre estrechos contactos con los españoles del exilio, empezando por Cernuda, y por lo que se refiere a Cataluña, por Ramón Xirau. Pero es Gimferrer quien realmente le acerca al “espíritu catalán”: “tengo curiosidad por conocer tu idea de lo que es el espíritu catalán”, le escribe en abril de 1975. Con Gimferrer comparte su sentimiento de la soledad, expresado de una forma dramática en su carta del 12 de julio de 1988:

Hace ocho días que llegamos y todavía no logramos acostumbrarnos a la realidad mexicana. Ni la física ni la moral [...] Es una sensación que me acompaña desde mi niñez: ¿qué hago aquí? Un perpetuo *malentendu* envenena mi relación con mi propia gente.

La poesía, la obra entera de Octavio Paz, está asentada sobre la inteligencia, pero también sobre la razón. Sobre la presencia obsesivamente callada de la muerte pero también sobre la vida. Su obra es el testimonio de una época y tiene también mucho de autobiografía: está siempre presente el palpito de sus experiencias personales. De ahí que su escritura esté organizada siempre sobre una trama. La dialéctica, la polémica, los ataques feroces, los elogios encendidos y exactos son una proyección de su personalidad hacia su época y un reflejo de la época en su personalidad. Por las leyes del género, que Paz respeta hasta componer cartas de un alto valor literario, esta presencia de lo personal y lo objetivo es muy estimulante y le permite acercarse al tono ensayístico sin perder nunca el tono personal. Un tono personal que permite a su vez una mayor efusividad. Por lo mismo, la contundencia de sus frases apunta ahora más a la ironía que a la agresión o al sarcasmo. Y al cubrir un espacio de treinta años, hay también un claro desarrollo dramático y un desarrollo afectivo en el afianzamiento de una amistad modélica que le permite hablar de sus contradicciones y de su carácter, de sus frecuentes desalientos (“padezco periódicos momentos de abulia, decaimiento y melancolía”) y de la progresiva conciencia de la decadencia del cuerpo. Una vida que resume al cumplir ochenta años: “vivir me parecía más que un bien o un mal, un reto: había que enfrentarse a la vida, que no era (no es) sino la máscara de la muerte”.

El título del libro no podía haber sido más exacto y expresivo, porque estas cartas tienen el valor de un libro de memorias, de unas palabras de confianza al amigo que se convierten en palabras de confidencias al lector. —

ADOLFO CASTAÑÓN

Un destacado hijo del siglo

George Steiner, *Errata. Examen de una vida*, trad. Catalina Martínez Muñoz, Ediciones Siruela, Madrid, 1988, 218 pp.

Errata. *Examen de una vida* de George Steiner (París, 1929) se presenta como una autobiografía intelectual, es decir como una historia de las ideas, creencias y pensamientos de una persona. Un modelo de esta suerte de confesión intelectual es el libro *Histoire de mes pensées* del filósofo francés Alain (1858-1951) —pensador, por cierto, mucho más influyente de lo que pudiera pensarse. En *Errata* una de las inteligencias críticas más brillantes y mejor educadas del siglo ensaya una recapitulación del origen de sus valores, de la forma en que fue educado, de la figura y personalidad de sus educadores, en fin, del itinerario —voz de incontestables connotaciones religiosas— seguido durante sus años de aprendizaje. Si “el oficio de pensar se aprende igual que el oficio de herrero”, al decir de Alain, *Errata* cuenta la historia de cómo ha sido forjado el forjador, retrata a los herreros del herrero, describe esas fraguas de la inteligencia que son los colegios y universidades, pero sobre todo da cuenta de una sucesión de paternidades intelectuales cuyo resultado ha sido la persona-obra llamada George Steiner.

Errata. Examen de una vida: ya el título evoca la cultura editorial, la idea de que la vida es un libro de *ensayos* cuyo sentido intelectual es la búsqueda de sentido, la historia, en fin, como un texto que es preciso cotejar cotejándola contra el original: la Historia, la verdadera, la historia de la cultura.

Entre el “testamento” y las “memorias”, el ideario y la autobiografía, *Errata*

mira, en parte, hacia el pasado de la propia inteligencia, en parte hacia el porvenir de la inteligencia común y compartida. No cuenta la historia de una traición a la inteligencia —en el horizonte, por ejemplo, de un Maurras o de un Benda—, sino la de una lealtad platónica, las aventuras de una alianza fiel entre impulso intelectual y movimiento ético.

Errata sugiere que la autobiografía de una inteligencia sólo sabría “controlarse” a través de la historia intelectual en que ella se inscribe. A su vez, ésta no sabría leerse sin una ayuda, sin una profunda inteligencia de la historia, es decir, del sufrimiento y del horror, de la demencia y la insensatez. Por su voluntad de discusión del mundo para aclarar la propia situación controversial, por su afán de discutir vivamente las ideas que han movido y alimentado una vida intelectual, *Errata* recuerda también al lector libros como *A piece of my mind* de Edmund Wilson (1956) o, más recientemente y en otro sentido, *Mi testamento filosófico* (1997) de Jean Guittou, *De senectute* de Norberto Bobbio o, entre nosotros, *Antes del fin* de Ernesto Sábato.

Nacido en París en el seno de una familia ilustrada de raíz judía y de cultura centroeuropea, a muy temprana edad George Steiner, según cuenta *Errata*, descubrirá la diversidad del mundo, será educado por unos padres que, en medio del clima hostil de la Europa de entreguerras, de la conmoción brutal de la guerra y del nazismo, guardan como un tesoro inestimable los jardines del arte y de la cultura, el cultivo de la música, el ejercicio de la apreciación y la lectura de los clásicos antiguos (en particular de Homero) y los modernos (Shakespeare). Los pri-

meros capítulos de *Errata* hacen pensar al lector en la vida de otro escritor centroeuropeo de raíz judía con cuya biografía la de George Steiner no deja de tener ciertas simetrías: Elias Canetti. Si la madre de éste aspiró a transformar a su hijo en una obra de arte poniéndolo en contacto vivido con la poesía y el drama a través de la recitación —engendrándolo por así decir dos veces y encaminándolo a una suerte de segundo nacimiento algo parecido al del evangélico Nicodemo—, el padre de George Steiner iniciará a su hijo en el misterio homérico, lo llevará de la mano a la memorización de algunos pasajes de la *Iliada*, pero sobre todo infundirá en su seno juvenil la certeza de la existencia de un reino heroico y trágico, reino admirable donde la fuerza del destino mantiene encadenados a víctimas y verdugos del mismo modo que la dignidad moral y la elevación poética se encuentran indisolublemente enlazados a la voz de Aquiles guardada por Homero.

Examen de una vida, historia de una educación, *Errata* expone a través del repaso de los diversos escenarios pedagógicos y de sus distintos actores (los padres, los maestros, los condiscípulos interlocutores) y acciones (los placeres y los días del trabajo intelectual, el silencio, la música) una cierta idea del hombre como un animal que recuerda lo Alto (los Cielos) y desde ahí ensaya una experiencia crítica de la tierra. Si el hombre es un animal capaz de recordar la libertad creadora —el porqué y el cómo de la poesía, las matemáticas, la música y el arte—, ¿no significa ello que su humanidad se mide por su capacidad para arriesgar la vida física y afirmar ese reino soberano más allá de toda servidumbre y de todo concurso servil y utilitario; no significa “que su misión es la de ser errante, lo que equivale a errar en la doble acepción de esta palabra”?

Historia de una vida formada en el ejercicio doloroso de la atención, *Errata* presenta una galería de educadores, es decir de correctores en el sentido fuerte de la palabra: tutores y rectores, patrones y parteros cada uno de una iniciación, compañeros docentes de una disciplina particular en el arte de la fragua intel-

tual. Así, la casa mental de George Steiner aparece como un gimnasio donde diversos preceptores preparan al estudiante en el oficio de la atención, en el conocimiento de la peculiar “ecología” cultural en que se inscribe cada obra.

Como en *Errata* confluyen varios saberes y un solo fermento ético, el libro no podía dejar de ser una apología del cosmopolitismo y, por así decirlo, de la ubicuidad cultural. Y es que la historia de la educación de George Steiner no es la de un especialista o de un profesional de una sola destreza. Su *paideia* es versátil. El autor de *Después de Babel* no sólo alienta entre tres idiomas y tres culturas —la inglesa, la francesa, la alemana. Es también, en el terreno de la inteligencia y de la sensibilidad, un extraterritorial que se inicia preguntándose por el eclipse de la tragedia en la Ilustración, se desplaza hacia la crítica de la razón cultural que consiente la convivencia del goce estético y del crimen en *Lenguaje y silencio*, salta hacia la lingüística y la filosofía del lenguaje, regresa a preguntarse por la traición espiritual del intelectual académico, se da tiempo para jugar ajedrez y escribir sobre las estrategias del damero, oye música, lee filosofía y antropología, escribe narraciones, y lee y lee, lee infatigablemente hasta terminar encarnando una de las figuras del lector como un hombre de varias ciudades, un arquero de muchas flechas que se desenvuelve con soltura entre varias literaturas y expresiones intelectuales.

(A los hispanoamericanos no nos es del todo ajena esta figura del lector excepcional, del viajero que surca diversas eras imaginarias, pues ya desde Sor Juana y Sigüenza y Góngora, luego con Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, y más tarde con Borges, Reyes, Lezama y Paz, el perfil del lector-biblioteca, la figura versátil del hombre-orquesta intelectual nos resulta en cierto modo familiar, quizás en virtud de la índole precaria y poco desbravada de nuestra incipiente cultura).

La excentricidad de George Steiner —hombre de tres mundos (la filosofía, las artes y la religión) y de varios códigos—

estriba, más allá de la acumulación casi improbable de sus conocimientos, en la intensidad relampagueante que los sabe conectar, elevando *ipso facto* el ejercicio de la lectura a un segundo grado que es escritura, pero sobre todo inteligencia, revelación organizada.

Errata no es un libro convencional de memorias, donde el memorioso reconstruye un itinerario ya casi concluido. Para el lector que anda buscando la triste carne anecdótica del exceso y la querrela, puede ser un libro quizás opaco y, en última instancia, decepcionante. Aunque el libro tiene algo de testamentario, mira más bien hacia adelante y es como un gatillo capaz de disparar una cauda de reflexiones y de preguntas en torno al sentido y la experiencia de la realidad vivida en el pensamiento, calibra los contenidos y sopesa las destrezas de la educación liberal y humanística y, más allá, suscita, desencadena un conjunto de cuestiones en torno a la idea de ciudad que encierra la idea de universidad. Aunque es un libro bien escrito y que se lee con gusto, *Errata* no deja de ser una obra inquietante, impregnada de gravedad como ha de serlo por fuerza todo examen de conciencia: la confesión de un hijo excepcional del siglo no podía dejar de acarrear un examen crítico de este nuestro casi extinto siglo y de las diversas variedades de su barbarie cultural. Desde luego, Steiner es un defensor de la sociedad abierta, un abogado de la democracia liberal y de las instituciones políticas de Occidente. Pero, abogado honesto, honrado litigante, no se hace ilusiones ni sucumbe al autoengaño: uno de los capítulos más estremecedores de *Errata* presenta un agudo balance de las masacres con que los totalitarismos del siglo han sembrado al planeta tanto como de las guerras ante las que la lucrativa permisividad de Occidente sabe tan bien cerrar los ojos. Esta sangrienta aritmética lleva a Steiner a admitir que quizá el dintel que separa al hombre de las bestias (sin agraviar a la hermana fauna) ha descendido en el curso de la vertiginosa centuria que en unos meses concluye.

En muchos sentidos —dice Steiner y

quién sabría contradecirlo?— el hombre que concluye el siglo es menos humano que el que lo inició. Pero esta constatación dolorosa y trágica (¿hasta qué punto las humanidades realmente humanizan? es una de las preguntas más tenaces y distintivas de nuestro leído-lector) no le impide reconocer los beneficios científicos, culturales y técnicos del siglo. Le interesa, por supuesto, la ciencia, pero mucho más la confrontación conceptual de los descubrimientos científicos con la revelación religiosa, el diálogo entre religiones (el debate entre los culpables y cómplices del Gólgota cristiano y del Holocausto judío), la filosofía de la ciencia, los avatares de la teoría en la acepción más rigurosa. Por eso mismo, desconfía de la extrapolación de la voz *teoría*, de la cual se usa y abusa en el campo de las llamadas ciencias humanas. De ahí su polémica con el pensamiento de la deconstrucción. Aunque independiente y extraterritorial, queda claro que George Steiner en todo caso goza de la relativa soledad del precursor, pues sus críticas al estructuralismo y al post-estructuralismo (en particular a Jacques Derrida) van en el mismo sentido que las verificadas desde el campo de la ciencia por Alain Sokal, el científico usamericano que denunció no hace mucho la impostura intelectual, la condición abusiva y seudocientífica de algunos exponentes del pensamiento francés postestructuralista, y, entre nosotros, tienen afinidad con las expuestas, por ejemplo, por Tomás Segovia en *Poética y profética*. Aquí, como en otros terrenos, la actividad de Steiner está orientada por la sensatez e incluso por la prudencia, esa virtud despreciada en público por los profesores iluminados que no dejan de practicarla al evolucionar entre los escalafones del claustro universitario. Esta ruptura, esta apostasía ante las capillas académicas ubica a Steiner en un terreno peligroso, el campo minado de un francotirador que opone a las burocracias universitarias una idea ética de la vocación universitaria, por más que esta posición decididamente elitista sólo pueda suscitar a su alrededor rechazo e impopularidad. Si *Errata* propone un manual de urbanidad intelectual, un arte de vivir

fundado en la curiosidad, la fidelidad al conocimiento y la crítica, una de las primeras normas de ese breviario concierne al llamado elitismo, convoca a la necesidad de una aristocracia y de un heroísmo intelectual, apela a la conciencia de la responsabilidad artística e intelectual como una de las válvulas de seguridad que exige la ciudad de los hombres libres para no desmoronarse entre las cocinas, los dormitorios y los establos. Pero en realidad Steiner no propone ninguna República de los Sabios, ni una oligarquía ilustrada o un orden regido por inertes mandarines intelectuales. Sólo se limita a advertir en los capítulos finales de *Errata* que la civilización occidental tal y como hasta ahora la hemos conocido ha dependido (y todavía depende) de esas bolsas de aire, de esos espacios de recreo exigente y de tensa gimnasia intelectual (los claustros universitarios) donde en cada generación se inventa y reinventa (seminario y semilla son palabras hermanas) la memoria y la fábula, donde la humanidad resucita en el recuerdo de las humanidades. Porque si bien no es del todo seguro que las humanidades humanicen espontánea y necesariamente, sí es incontestable que hasta ahora el *factor humano* ha sido eminentemente un factor cultural, religioso, artístico, crítico y aun humorístico. La mitología positivista del siglo que acaba y la superstición pragmática del que empieza quedan desenmascaradas en esta *Errata* que las deletrea y revisa a través de un examen múltiple de conciencia que participa de la genealogía intelectual, el diagnóstico clínico del siglo, la historia documental de los libros propios, la prehistoria de los pensamientos, la galería de personajes excéntricos y memorables, el escrutinio de los malestares de la cultura, una novela cuyo argumento profundo es la búsqueda de la verdad-que-es-belleza y, en fin, el autorretrato de un hombre que anda entre fronteras buscando rostros a condición de que en éstos aflore una felicidad inteligente.

Entre los diversos temas suscitados a lo largo de *Errata*, el del silencio y el ruido es quizás el más novedoso y esencial. No sólo es un enamorado de la música —y

uno de los capítulos más hermosos del libro está dedicado a ella—, Steiner se confiesa como un cazador y coleccionista de silencios, de ambientes y espacios quietos, sosegados.

La llamada de George Steiner sobre el silencio alerta al lector: toda verdadera lectura comporta una purificación previa. La lectura exige silencio de los sentidos internos y externos, atención. Al mismo tiempo, reflexiona sobre el ruidoso barullo de las ciudades, el incesante parloteo de nuestra civilización. Habría que preguntarse con Steiner y más allá de él si no existen sutiles puentes entre barbarie y agresión acústica, si la concentración y la vida espiritual no presuponen reservas de silencio y recogimiento del mismo modo que el mito de Babel no expresa un estigma y un castigo sino una bendición y una promesa de pluralidad y tolerancia.

Otro tema, necesariamente asociado, es el de *eros* y *logos*, el contrapunto magnético que pasa su corriente alterna —a veces positiva, a veces negativa— entre decir y amar, seducción y fecundación intelectual. De ahí que *Errata* deba leerse como una parábola en torno a las variedades de la experiencia intelectual en cuanto experiencia amorosa. *Errata* o arte de amor intelectual. Cada maestro cifra entonces una destreza, una habilidad peculiar en el oficio de la creación y recreación poética y filosófica. Al heleanista Jean Boorsch, por ejemplo, George Steiner le deberá “la semilla del amor (*philein*) contenida en la filología, acaso en la lógica, indivisible de la retórica en gran parte de la historia occidental”. A Ernest Sirluck los ideales del rigor académico y editorial en la exposición histórica textual como imperativos morales. Al poeta y crítico Allen Tate la flexibilidad y severidad necesarias para sintonizar los procesos críticos y los procesos creativos en un solo acto de imitación y parodia soberanas. A Gershom Sholem la conciencia de la verdad como un ideal que sólo puede aproximarse mediante el rigor en la errancia. A Donald MacKinnon y al admirable Pierre Boutang —tan distintos entre sí— el compromiso religio-

so, personal, con el pensamiento que entevera en su origen y finalidad al Gólgota y a Auschwitz: la conciencia de la *docencia* como un acto de amor y de la memoria como un arte sin el cual no es posible la vida intelectual. A Alexis Philonenko, en fin, la conciencia aguda y definitiva de que en la vida intelectual existen escalas y jerarquías:

En primer lugar, estaban los verdaderos creadores, los pensadores originales, los generadores de filosofía sistemática. Citó a Platón, Aristóteles, Descartes, Kant, y a su amado Fichte. En segundo lugar, los divulgadores plenamente cualificados y los historiadores de la filosofía (funciones que cuando se practican correctamente resultan casi idénticas). Éstos pueden desplegar las labores del maestro en el nivel técnico necesario y situarlas con precisión en el conjunto del discurso especulativo occidental. Este tipo de historiadores (Philonenko) son raros. En tercer lugar, y a gran distancia de los anteriores, se sitúan los *litterati*, los ensayistas, críticos, historiadores intelectuales, y la inmensa mayoría de los pedagogos y académicos, tan mordazmente catequizados por Rabelais o Hegel.

Más allá de las sugerentes siluetas, de las anécdotas emblemáticas elegidas como cifra de la propia vida imaginaria, *Errata* pone sobre el tapete de la discusión el futuro de la educación universitaria europea, el porvenir o la posibilidad de una educación general como base inteligente de cualquier saber especializado ulterior, en fin, las preguntas últimas en torno al sentido de la educación en un mundo hechizado por el apogeo de las tecnologías que parecen cuestionar la noción misma de saber. Preguntas de ningún modo peregrinas. Están en el aire y alimentan controversias medulares ya se trate en Francia, por ejemplo, de la reforma educativa (vale la pena leer la apología del humanismo como raíz de toda educación en el artículo de Marc Fumaroli contra las propuestas reformistas

del Ministro Allègre¹) o bien de la discusión en torno a la necesidad de preservar un núcleo de enseñanza general que se ha verificado recientemente en la Universidad de Chicago² o entre críticos como Denis Donoghue (una personalidad, por cierto, que tiene no pocos puntos de contacto con George Steiner) cuando sostienen la necesidad de iniciar una reforma escolar partiendo del principio de que los estudiantes *no dominan su propia lengua nativa* (Denis Donoghue: *The Practice of Reading*).

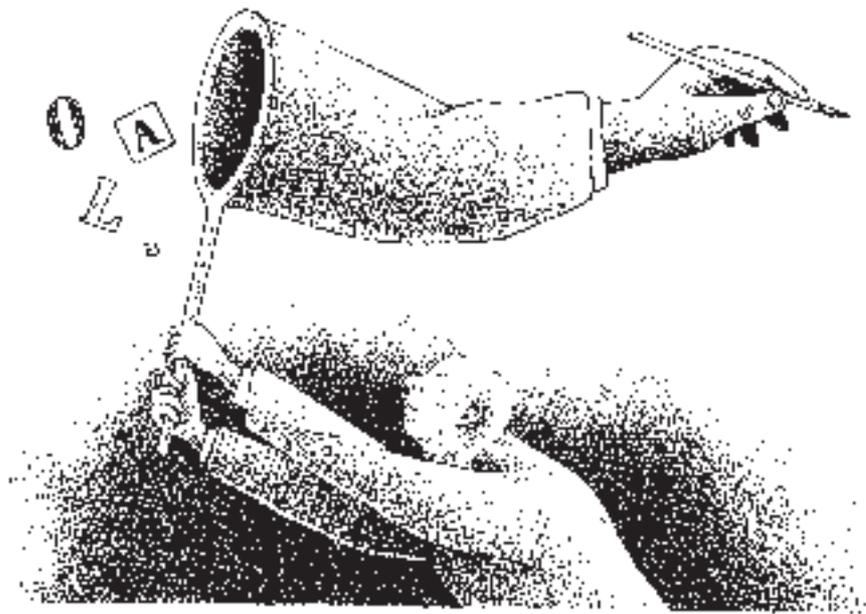
George Steiner, ensayista, es una inteligencia socrática. Dialógica y dialéctica, su argumentación progresa pendularmente, indagando para exaltar la ignorancia, interiorizando una compleja red de preguntas para mejor enfocar y acotar las situaciones problemáticas que se propone.

El último capítulo de *Errata* se inicia con el motivo del error, un tema vertebral en la reflexión de Steiner (no por nada uno de sus libros se titula *On difficulty*). Dice la primera frase del capítulo: “Los errores se hacen insoportables en la medida en que se revelan como irreparables”. Y el último párrafo:

“Quien piensa en grande, debe equivocarse en grande”, dice Martin Heidegger, el teólogo parodista de nuestra época (donde parodista ha de leerse en su sentido más grave).³ También los que “piensan en pequeño” pueden errar en grande. Tal es la democracia de la gracia o la condena.

Ésta es la última línea de *Errata*.

Corre entre ambas frases una recapitulación de las aportaciones de George Steiner al pensamiento y a la crítica contemporánea. Podría resumirse en una voz: Steiner el extranjero, el extraterritorial



que se ha negado a echar raíces en una lengua o una cultura nacionales, o siquiera en una disciplina o especialidad, no ha dejado de tender puentes entre las disciplinas, pero sobre todo ha sido fiel a una idea motriz —que, desde luego, se encuentra en la raíz de la filosofía contemporánea, pero a la que el autor de *Lenguaje y silencio* ha sometido a una exploración metódica y multifacética: la ruptura del pacto que sostenía la continuidad de las palabras y de las cosas, la escisión entre el mundo y los relatos que dan cuenta de él. En ese sentido *Errata* es el testimonio de un creador de puentes en la época del vértigo y del naufragio de los puentes. No es por eso extraño que los mercaderes del vértigo, la náusea y el naufragio vean en él a un médico temible. Pero la ruptura entre las palabras y las cosas no sólo es un asunto puramente conceptual. La fractura encuentra réplicas, en el sentido sismológico de las palabras, en todos los órdenes y en particular en el universo de la comunicación donde el Aprendiz de Brujo mira con estupor cómo su propia escoba se ha puesto a bailar sola y amenaza con barrerlo a él mismo. En efecto, el antiguo pacto entre la comunicación y la palabra ha quedado expuesto a una solución corrosiva: la de los medios audiovisuales y electrónicos, pero en

última instancia los “mensajes”, los “contenidos” de éstos se funden en un capital conceptual acumulado previamente. ¿No es claro que para que no quede estancada la renovación de la investigación y del conocimiento resulta urgentemente necesaria para la sociedad —como lo puede ser para el cuerpo la consolidación de sus defensas— la adquisición de un capital conceptual renovado capaz de transmitir los valores del tesoro heredado?

Errata de George Steiner no sólo presenta una *corrigenda et purganda* del propio pasado personal, anuncia ya las enmiendas que habrán de practicarse sobre el cuerpo intelectual del porvenir inmediato. Esta reseña no puede concluir sin subrayar que si bien el personaje anecdótico central de *Errata* es George Steiner, el protagonista verdaderamente central de *Errata* es quizás el Extranjero, el Otro, el Visitante para el cual se guardan tesoros y se preparan fiestas. Ese otro a cuyo contacto los hombres despiertan y se transfiguran en personas. Ese otro cuya errata —cada cual a su modo— somos. —

1 Marc Fumaroli: “Non, Claude Allègre, l’Amérique a’est pas le modele idéal”, en *Le Monde*, 17-XII-98.
2 Ethan Bronner: “University of Chicago’s Halls of Academic Search for New Modern Identity”, en *International Herald Tribune*, 29-XII-1998.
3 [Parodia, etimológicamente, significa, en paralelo, frente a la oda: parodia significa así contra-canto. El parodista en este sentido sería el que sigue al revés la canción dominante: Heidegger como crítico del progreso y sus himnos triunfales].

LUIS GARCÍA JAMBRINA

Las trampas del azar

Jorge Volpi, *En busca de Klingsor*, Barcelona, Seix Barral, 1999, 444 pp.

Ahora que la mayor parte de los premios convocados por las grandes editoriales españolas galardona a escritores ya consagrados o, incluso, a autores de la propia casa, cuando no a los autores más codiciados de las casas rivales, resulta encomiable que el jurado del Premio Biblioteca Breve 1999, felizmente resucitado por la editorial Seix Barral, haya apostado por un autor como Jorge Volpi (México D.F., 1968), prácticamente desconocido hasta ahora en España, y por una novela tan compleja y ambiciosa como *En busca de Klingsor*. Y, en este sentido, bien puede decirse que tanto Guillermo Cabrera Infante y Luis Goytisolo, ganadores de anteriores convocatorias, como Pere Gimferrer, Susana Fortes y Basilio Baltasar han optado con claridad por ser fieles al espíritu original de un premio que siempre tuvo como principales objetivos intentar descubrir y promocionar a nuevos valores e impulsar y apoyar novelas realmente arriesgadas. Un premio, en fin, que, después de hacer historia en la literatura española e hispanoamericana de los cincuenta y los sesenta, se había convertido en un mito para las generaciones posteriores.

Por supuesto, en México Jorge Volpi no es precisamente un desconocido, puesto que ya había publicado cuatro novelas: *A pesar del oscuro silencio* (1992), *La paz de los sepulcros* (1995), *El temperamento melancólico* (1996) y *Sanar tu piel amarga* (1997), una novela corta: *Días de ira* (1994) y un volumen de cuentos: *Pieza en forma de sonata. Opus I* (1991). No obstante, *En busca de Klingsor* supone la culminación, por el momento, de su brillante y precoz carrera literaria y, en cierta medida, un salto cualitativo con respecto a sus nove-

las anteriores. Conviene recordar, por lo demás, que, durante estos últimos años, Jorge Volpi ha venido compaginando su actividad narradora con el cultivo del ensayo, un terreno en el que, por cierto, ya se ha ganado un merecido prestigio a raíz de la publicación, el pasado año, de *La imaginación y el poder. Una historia intelectual de 1968*. De hecho, hay que decir que no estamos tan sólo ante un excelente novelista, sino también ante un intelectual con vocación de filósofo y ante un verdadero humanista, interesado, desde luego, por la literatura, la música y otras formas de arte, pero, en la misma medida, por la política, el derecho, la historia, la ciencia y la filosofía.

Y es, sin duda, esa doble condición de narrador y ensayista, de creador y pensador, la que lo ha llevado a escribir una novela de las características de *En busca de Klingsor*. Pero el resultado no ha sido un mero híbrido de novela y ensayo ni una novela de ideas ni eso que se conoce como novela intelectual, sino, más bien, un perfecto ejemplo de lo que los alemanes, con mejor criterio que nosotros, llaman *denkensroman* o novela de pensamiento, una especie de novela total. No en vano Cabrera Infante la ha calificado de “novela alemana escrita en español” y de novela de “ciencia-fusión”, porque en ella se funden “la ciencia con la historia, la política y la literatura para conformar eso que llamamos cultura”. Y no en vano el propio autor tenía como principales referentes de su escritura, por un lado, la gran novela centroeuropea de este siglo, y muy especialmente *El hombre sin atributos*, de Robert Musil, y *La montaña mágica* y *Doktor Faustus*, de Thomas Mann, y, por otro, algunas obras emblemáticas de la literatura mexicana, como *Terra Nostra*, de Carlos Fuentes, y *Noticias del Imperio*, de Fernando del Paso, e hispanoamericana, como

La guerra del fin del mundo, de Vargas Llosa.

En busca de Klingsor es, pues, una novela de pensamiento, pero es también una novela de acción y, más concretamente, una novela de intriga y de suspenso. De ahí que lo más característico de este libro sea la multiplicidad de niveles de lectura que plantea. Narrada en primera y tercera persona por uno de sus principales protagonistas, el matemático alemán Gustav Links, y situada, sobre todo, en la Alemania de la época nazi y en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial —si bien la historia se remonta a las primeras décadas del siglo y tiene su fin en 1989—, *En busca de Klingsor* es una historia apasionante y pormenorizada de la física cuántica, de esa nueva ciencia que rompe la física de Newton. Pero es también la historia de una investigación detectivesca, la emprendida por el físico y teniente del ejército norteamericano Francis P. Bacon, una vez terminada la Segunda Guerra Mundial, con el objeto de identificar y desenmascarar a un tal Klingsor, nombre en clave bajo el que se supone que se ocultaba el asesor científico del Führer. Y, al mismo tiempo, es la crónica —desde luego, interesada— de una conspiración, la que el 20 de julio de 1944 intentó terminar con la vida y el régimen de Hitler, y de las fatales consecuencias que tuvo para algunos de los que participaron en ella. Por otra parte, estas tres historias se alternan y entremezclan, además, con las vidas de los dos protagonistas principales —Bacon y Links—, creando así un complejo entramado de encuentros, traiciones, rivalidades y pasiones amorosas. Pero, por encima de todo, *En busca de Klingsor* es una indagación —moral y filosófica— sobre algunos de los aspectos esenciales del siglo XX, tal y como sugiere el propio narrador al final del prefacio con que se abre el libro:

A diferencia de otras épocas, la nuestra ha sido decidida con mayor fuerza que nunca por estos guiños, por estas muestras del ingobernable reino del caos. Me propongo contar, pues, la trama del siglo. De mi siglo. Mi versión sobre cómo el azar ha gobernado al mundo y sobre cómo los hombres de ciencia tratamos en vano de domesticar su furia. Pero éste es, también, el relato de unas cuantas vidas: la que yo mismo he sufrido a lo largo de más de ochenta años, sí, pero sobre todo las de quienes, otra vez por obra de la casualidad, estuvieron a mi lado.

En este sentido, yo diría incluso que *En busca de Klingsor* es una gran metáfora del siglo XX, puesto que si, en efecto, el siglo XVIII fue el Siglo de las Luces, este siglo que ahora termina pasará sin duda a la historia como el Siglo de la Incertidumbre. Y la búsqueda de Klingsor representa, precisamente, la búsqueda de alguna certidumbre en medio de un mundo que se desmorona, un mundo fragmentario y caótico en el que no hay verdades absolutas ni incontrovertibles, y, por lo tanto, el bien y el mal, la verdad y la mentira, con todas sus derivaciones, son algo relativo. De hecho, el tema que vertebra toda la novela no es otro que el de la imposibilidad de conocer la verdad, y todas las implicaciones —fundamentalmente políticas y morales— que se derivan de esta imposibilidad, que se manifiesta, en primer lugar, claro está, en el mundo de la ciencia:

Otra vez la incertidumbre. Si antes se trataba de la que se deriva de la física cuántica, ahora es la que está en el cen-

tro de las matemáticas. Como dice Gödel, aun en el sistema más perfecto existirá siempre al menos una proposición que no puede ser verificada de acuerdo con las leyes de ese sistema... No es ni verdadera ni falsa, sino indecidible.

Pero que también afecta a todas las esferas y facetas de la vida:

Si en la ciencia, en la física y en las matemáticas no es posible llegar a una certeza absoluta, ¿por qué nosotros insistimos en encontrarla? ¿Por qué la perseguimos con tanto denuedo? [...] La verdad es tan ambigua como una proposición indecidible, tan esquivada como un electrón, tan incierta como una paradoja...

De ahí que uno de los aspectos más interesantes de esta novela consista en ver de qué manera los grandes descubrimientos de la física y de las matemáticas modernas, esto es, de la nueva ciencia, han influido, aunque sea a través de sus versiones más vulgarizadas, en las vidas y conductas particulares de unos personajes, y de manera muy especial, por cierto, en su comportamiento amoroso. Y de ahí también los numerosos paralelismos y correspondencias que se plantean entre la ciencia y el poder, la moral, la guerra, el amor, el mal... Tanto es así que la ciencia funciona en esta novela como metáfora de los otros planos temáticos y argumentales y como término de referencia y comparación. Un ejemplo significativo lo encontramos en la siguiente cita:

¿Qué es el electrón? Los físicos lo ven, antes que nada, como a un gran criminal. Un sujeto perverso y astuto que, tras haber cometido incontables y atroces delitos, se ha dado a la fuga. Sin duda es un tipo listo, y todos los esfuerzos por localizarlo se estrellan con sus tácticas de evasión [...].

¿Cómo atrapar a alguien así? ¿Cómo reconocerlo? ¿Cómo averiguar sus intenciones ocultas? ¿Cómo prever a dónde se dirige, dispuesto a burlarnos de nuevo? ¿Cómo detener su movimiento perpetuo? No creo exagerar si digo que, en efecto, otro de los nombres del electrón podría haber sido Klingsor.

Naturalmente, el nombre de Klingsor procede de uno de los personajes míticos que aparecen en el *Parsifal* de Wagner (de hecho, la música es otro de los referentes fundamentales de la escritura de Jorge Volpi; de ahí que, en este caso, se establezcan diversos paralelismos estructurales y argumentales con la ópera wagneriana). Pero lo importante no es ya que Klingsor sea un personaje maligno —él representaría la relación entre la ciencia y el mal en la Alemania hitleriana—, sino que, al final, se convierta en un símbolo de la incertidumbre, puesto que se supone que existió, pero es imposible demostrar su existencia. Klingsor es, literalmente, según el citado Teorema de Gödel, un personaje indecidible.

Por último, hay que decir que también el lector participa, de forma activa y directa, del caos, la incertidumbre y las trampas del azar que muestra o narra la novela, ya que, desde el principio, nos vemos involucrados en un juego en el que también nosotros tenemos que tomar decisiones, hacer interpretaciones, intentar resolver paradojas y ambigüedades y tratar de obtener alguna certeza, sabiendo que al final no encontraremos ninguna solución para los numerosos enigmas y dilemas planteados en y por el texto. Y es que aquí, como en la vida, lo que de veras vale la pena no es alcanzar un fin, sino el propio camino recorrido o realizado. —

